

S. Kripke, *Wittgenstein on Rules and Private Language* (Oxford: Basil Blackwell, 1982)

Hay muchos buenos libros de filosofía, así como hay muchos buenos libros de historia de la filosofía, pero libros en los que se combinan excelente tratamiento filosófico con magnífica reconstrucción filosófica son más bien raros. Precisamente a este selecto grupo de clásicos de la filosofía pertenece el libro de Saul A. Kripke *Wittgenstein on Rules and Private Language*. Evidentemente, una afirmación así tiene que venir acompañada por un buen número de razones que la apoyen. En lo que sigue, nuestra tarea consistirá justamente en avanzar dichas razones, pero más que polemizando lo haremos indirectamente, es decir, tratando de ofrecer una descripción del rico contenido del libro que muestre que nuestra evaluación es acertada.

Tal vez lo más conveniente sea enunciar de inmediato mi plan de trabajo. *Grosso modo*, mi exposición constará de dos partes, una descriptiva y otra más breve crítico-evaluativa. En la primera, ofreceré una sinopsis del texto, destacando las principales líneas de argumentación, así como el carácter novedoso y decisivo de la interpretación y de la reconstrucción kripkeanas. En la segunda, apuntaré a lo que en mi opinión son posibles puntos débiles de la argumentación (debo decir desde ahora que veo muy pocos), los méritos incuestionables del libro y aludiré a lo que otros exégetas de renombre han dicho sobre los mismos temas o sobre el trabajo de Kripke. Terminaré con una evaluación que, espero, recogerá adecuadamente lo dicho en esta reseña.

Desde varios años antes de que Kripke publicara su interpretación de las ideas centrales de las *Investigaciones Filosóficas*, circulaba un borrador de lo que de hecho son las dos primeras secciones del texto que ahora nos ofrece, a saber, “La Paradoja Wittgensteiniana” y “la Solución y el Argumento del ‘Lenguaje Privado’”. Posteriormente, estas dos secciones del libro aparecieron en *Perspectives on the Philosophy of Wittgenstein*, editado por I. Block. Ahora se nos entregan estos textos, pero enriquecidos por un estupendo *Postcripto*, “Wittgenstein y las Otras Mentes”. Junto con este material y muy en el estilo personal de Kripke, habría que mencionar las numerosas notas al pie de página, las cuales a menudo no sólo sirven para meramente esclarecer algo dicho en el texto principal, sino que constituyen auténticos desarrollos del tema que el autor está en ese momento considerando.

Ir en contra de tradiciones fuertemente arraigadas no es algo que pueda hacerse sin correr grandes riesgos. Kripke lo hace y lo hace exitosamente. Su lectura de las *Investigaciones* se concentra, básicamente, en las secciones 138-242, pues es en ellas que, contrariamente a la interpretación más aceptada, Kripke percibe el núcleo del así llamado ‘argumento del lenguaje privado’. La conclusión de lo que

normalmente se identifica como un argumento que se inicia en la sección 243, Kripke la detecta en la sección 202. Lo que, de acuerdo con él, se inicia a partir de la sección 243 es una **aplicación** de los resultados de la discusión que comienza en la sección 137. ¿Cuál será esa conclusión y de que discusión emerge? Aparentemente, Wittgenstein presenta la culminación de su investigación enunciando una paradoja: “Esta era nuestra paradoja: ningún curso de acción podría estar determinado por una regla, porque puede hacerse concordar a todo curso de acción con una regla”. Según Kripke, “la ‘paradoja’ es quizá el problema central de las *Investigaciones Filosóficas*” (p. 7).

En concordancia con esto último, Kripke intentará reconstruir el problema que Wittgenstein planteó y articular su “solución”. Sigamos pues, el curso de la lectura que de las *Investigaciones* hace Kripke. Según éste, lo que Wittgenstein inventó fue un “problema escéptico”, el más radical quizá de todos los que hayan sido formulados hasta ahora. Lo que Wittgenstein habría mostrado sería que cualquier línea de conducta, de acción, de aplicación de signos, de principios, de definiciones, de convenciones, etc., es interpretable de modo no-estándar, puesto que para cualquier regla que se proponga siempre será posible enunciar otra regla, que dé cuenta del mismo modo que la original para los casos pasados pero que no coincida con ella en cuanto a casos futuros. En otras palabras, siempre será posible recurrir a una regla para interpretar una regla dada. La objetividad de las reglas, por consiguiente, no puede consistir en una propiedad intrínseca de ellas, consideradas aisladamente. Esto tiene consecuencias incalculables.

La importancia de esta aparente nimiedad se vuelve algo tangible e imposible de pasar por alto cuando consideramos ejemplos particulares que ilustran el problema. Kripke construye uno muy personal y muy claro aunque, sin duda, inspirado en algunas de las muchas cosas que dice Wittgenstein, tanto en las *Investigaciones Filosóficas* como en las *Remarks on the Foundations of Mathematics*. El ejemplo de Kripke versa sobre una sencilla regla aritmética: la regla de la operación de sumar. Al iniciar a un niño (podría ser un marciano) al mundo de la aritmética, se le inculcan, *e.g.*, las siguientes identidades:

$$\begin{aligned} 1 + 1 &= 2 \\ 2 + 1 &= 3 \\ 3 + 1 &= 4 \quad (\text{en donde ‘+’ significa “más”}) \end{aligned}$$

Puesto que no se le puede dar al niño *todas* las sumas posibles, lo más que puede hacerse es encauzarlo y esperar que en los casos futuros siga por sí solo como antes, bajo la dirección de su maestro, lo hizo. Nosotros esperamos y confiamos en que el niño reaccionará como nosotros lo hacemos. El problema es que es perfectamente posible que el niño acepte lo que se le inculcó pero prosiga de este modo:

$$\begin{aligned}
4 * 1 &= 6 \\
5 * 1 &= 7 \\
6 * 1 &= 8 \\
7 * 1 &= 10 \\
8 * 1 &= 11 \\
9 * 1 &= 12 \quad (\text{en donde '*' significa "tás"})
\end{aligned}$$

Si se le dice la niño que no ha entendido, el niño puede replicar que no tuvo ningún problema de comprensión y que está haciendo **exactamente lo mismo** que en los primeros tres casos. ¿Cómo hacerle ver que no lo está haciendo y, sobre todo, cuál sería el fundamento de nuestra demostración? Por lo pronto, la única respuesta vedada es aquella que tal vez se tendría mayor tentación de dar y que sería dada en términos de la “claridad”, “objetividad”, etc., de la regla. Esto es así porque, como yo dije, para cualquier regla que el profesor pretenda invocar habrá otra, divergente o no-estandar, que la absorba y a la que el niño podrá en todo momento recurrir. De hecho, hay un número infinito de ellas.

Como bien dice Kripke, Wittgenstein se enfrenta a su “problema escéptico”, suscitado por las reglas y su aplicación, en los dos contextos en los que sería *prima facie* absurdo sostener que el error es posible. Uno de ellos es el de las matemáticas; el otro el de lo que sucede cuando queremos emplear el lenguaje para referimos a lo que pasa “dentro” de nosotros. Y así como Frege pudo sostener que sólo un retrasado mental podría no aprehender una regla aritmética una vez que le ha sido “explicada” con suficiente claridad, con variedad de ejemplos, etc., así también alguien podría exclamar lleno de indignación: “Si hay algo de lo que estoy seguro y acerca de lo cual todo el mundo podría equivocarse menos yo, es de mis ‘estados internos’, aquello de lo que hablo cuando afirmo que me pica, me duele, etc., algo!” El escepticismo de Wittgenstein acaba con esta mala retórica, puesto que hace ver que el concepto de regla mantiene – recurriendo a la terminología del *Tractatus* – “relaciones internas” con el de corrección y que éste excluye lógicamente la posibilidad de no equivocarse. Pero es precisamente el desconocimiento de estos esenciales vínculos conceptuales lo que constituye el supuesto de quien piensa que sólo él sabe o conoce lo que le pasa.

Ya se trate de reglas aritméticas o de reglas para la aplicación de palabras de sensación, nos enfrentamos aquí a un mismo problema escéptico: ningún número de casos pasados de aplicación de una regla puede generar una lectura unívoca de ella de modo tal que garantice que en los casos subsiguientes se seguirá la regla de acuerdo con lo que se supone que eran nuestras intenciones pasadas. Por lo pronto, podemos decir que, al enfatizar el problema de las reglas, Kripke ha efectuado una lectura original de Wittgenstein, pero esta originalidad se acrecienta inmensamente cuando él nos hace ver en Wittgenstein a alguien que a un problema escéptico ofrece no una “solución directa”, sino una “solución escéptica”. Ya vimos en qué consiste

el primero, pero ¿en qué consistirá esta última? “Una solución escéptica de un problema filosófico escéptico empieza (...) concediendo que las afirmaciones negativas del escéptico son incontestables. Sin embargo, nuestra práctica o creencia ordinaria está justificada porque – a pesar de las apariencias contrarias – no tiene ella por qué requerir la justificación que el escéptico ha mostrado que es insostenible.

Y mucho del valor del argumento escéptico consiste precisamente en el hecho de que ha mostrado que una práctica ordinaria no puede ser defendida de cierto modo, si ha de defendérsela en lo absoluto. Una solución escéptica también debe comportar (...) un análisis escéptico o una explicación escéptica de creencias ordinarias para impugnar lo que *prima facie* es su referencia a un absurdo metafísico” (pp. 66-67).

La exposición de Kripke está llena de comparaciones filosóficas muy útiles, al igual que incorpora discusiones de esfuerzos alternativos por resolver los mismos problemas a los que se enfrentó Wittgenstein. Hay por lo menos dos respuestas clásicas para intentar evadir la “paradoja wittgensteiniana”: el conductismo y lo que tal vez podría llamarse la ‘tesis de la simplicidad’. Kripke, en opinión del reseñista, de modo irrefragable muestra que en el fondo dichas respuestas no representan opciones viables. La respuesta en términos de disposiciones es errada en última instancia por dos razones: el número de disposiciones es finito y lo que estaba en cuestión era precisamente la idea de que un número finito de pasos, decisiones, aplicaciones, etc., pasadas pudiera generar la garantía de que se siguiera haciendo “lo mismo” en el número infinito de casos futuros. Y, en segundo lugar, la tesis disposicional no elimina la posibilidad de que tengamos disposiciones que nos llevan al error o de que seamos propensos a incurrir en equivocaciones. De ahí que la primera gran alternativa de hecho no funcione. Pero tampoco lo hace la segunda, es decir, la idea de que optamos por seguir aplicando las reglas como lo hacemos porque ese es el modo más simple de proseguir (como si estuviéramos optando entre hipótesis para la explicación de algún fenómeno). Kripke resume así su discusión de este punto: “el escéptico de Wittgenstein argumenta que él no sabe de ningún hecho acerca de un individuo que pudiera construir su estado de querer decir más antes que tás. En contra de *esta* afirmación las consideraciones de simplicidad son irrelevantes” (p.39). En esta parte del texto encontramos, asimismo, una bonita discusión de la idea de Dummett de que no se le puede negar al hombre lo que se le concede a una máquina. Kripke analiza esta posición y, basándose en pensamientos de Wittgenstein, muestra que ‘máquina’ tiene dos sentidos: puede significar el objeto material, el cual de seguro puede descomponerse, y puede significar el programa y entonces se vuelve a aplicar el argumento escéptico. La moraleja de todas estas discusiones es clara: no hay una refutación directa del problema escéptico planteado por Wittgenstein.

La segunda parte del texto, que es la más larga, contiene la articulación kripkeana de la “solución” wittgensteiniana al problema escéptico. La reconstrucción que nos ofrece lleva a Kripke a efectuar exégesis detalladas y comparaciones sutiles. Y hay que reconocer que todas las consideraciones de carácter histórico que hace son en verdad reveladoras e iluminadoras, trátese de Berkeley, Quine, Goodman, Davidson o Ryle. Pero particularmente valiosas son, por una parte, la confrontación de los enfoques del *Tractatus* y de la filosofía del Wittgenstein maduro y, por la otra, las conexiones que el autor establece entre diversas facetas de los pensamientos de Wittgenstein y de Hume. En relación con esto último, es interesante notar que no sólo ambos filósofos plantearon problemas escépticos y ambos respondieron con soluciones escépticas (el segundo con respecto a la causalidad y la inducción y el primero con respecto a las reglas y su aplicación), sino que hay además puntos de vista sustanciales en los que coinciden: el *Treatise* y el *Tractatus*, por ejemplo, convergen en sus respectivos tratamientos de la causalidad y del yo. (Habría sido interesante añadir, como mera curiosidad histórica, que hay otro gran acuerdo entre ellos, *viz*, la aceptación de lo que se conoce como la ‘guillotina de Hume’). En lo que a las filosofías de Wittgenstein atañe, Kripke aúna a la precisión la lucidez. Así, él nos lleva de la Teoría Pictórica, en la que lo que se defiende es una teoría de condiciones de verdad, a una concepción del lenguaje como algo basado en condiciones de aseverabilidad. Kripke expone la transición de este modo: “Wittgenstein reemplaza la pregunta ‘¿Qué debe ser el caso para que esta oración sea verdadera?’ por otras dos: primero ‘¿Bajo qué condiciones puede aseverarse (o negarse) de modo apropiado esta forma de palabras?’; segundo, ‘¿Cuál es el papel, la utilidad en nuestras vidas de nuestra práctica de aseverar (o negar) bajo estas condiciones la forma de palabras?’” (p. 73).

Lo que a continuación hallamos es una reproducción en prosa, magníficamente lograda, de un pensamiento que, a la manera de un diamante, tuvo que ser pulido una y otra vez desde diferentes ángulos para alcanzar el grado de perfección que alcanzó y que automáticamente queda distorsionado o deformado cuando se pretende aplicarle categorías rígidas o tradicionales, cuando se pretende “escolastizarlo”. Kripke, con mayor o menor parquedad pero siempre en la buena dirección, nos aclara nociones claves del pensar wittgensteiniano, como lo son las de concordancia, criterio y forma de vida. Con Kripke alcanzamos dos resultados netos, importantes y, creo, definitivos: Wittgenstein no era ni un conductista ni un verificacionista.

En cuanto al *Postscript*, pienso que puede afirmarse que es realmente una pequeña obra maestra. Kripke, siendo en ello coherente, vuelve a ver en Wittgenstein a un escéptico, en relación esta vez con el problema de las “otras mentes”. Él resume muy bien todo su planteamiento como sigue: “El método de Wittgenstein en su discusión del problema de las otras mentes corre paralelamente a

su método en la discusión de las reglas y el lenguaje privado tratados en el texto principal. Una vez más, él plantea una paradoja escéptica.

Aquí la paradoja es el solipsismo: la noción misma de que podría haber otras mentes que la mía, con sus propias sensaciones y pensamientos, no parece tener ningún sentido. Una vez más, Wittgenstein no refuta al escéptico, mostrando que sus dudas surgen de una sutil falacia. Al contrario, Wittgenstein está de acuerdo con el escéptico en que el intento por imaginar las sensaciones de otros de acuerdo con el modelo de las mías es en última instancia ininteligible. Más bien, Wittgenstein da una solución escéptica, argumentando que cuando las gentes de hecho usan expresiones para atribuir sensaciones a otros, realmente no pretenden hacer ninguna aseveración cuya inteligibilidad quede minada por el escéptico (solipsista). (...). Una vez más, la interpretación correcta de nuestro discurso normal comporta una cierta inversión: no los compadecemos porque les atribuimos dolor, les atribuimos dolor porque los compadecemos” (pps. 141-2). Así, el Wittgenstein de Kripke nos habría enseñado que, si partimos de **nuestros** estados mentales, de **nuestras** sensaciones, de **nuestros** pensamientos, etc., resultará imposible que los conceptos que podamos formarnos de ellos sean extendibles a otras personas. Partiendo de su aceptación del *dictum* lichtenberguiano de que lo único que se tiene derecho a decir es ‘hay pensamiento’ y no ‘yo pienso’ y apoyándolo con toda una batería de argumentos, Wittgenstein habría concluido que “No tengo ninguna idea de un ‘yo’ en mi propio caso, menos aún de un concepto genérico de un ‘yo’ que, además de ‘mí’, incluya a ‘otros’. Ni tengo una idea de lo que sea ‘tener’ como una relación entre un ‘yo’ y el dolor de muelas” (p. 124). Lo sorprendente, empero, es que hablamos con sentido de los dolores, pensamientos, etc., de otros. ¿Cómo es ello posible? La solución está a la vista: “abandonemos el intento por preguntar qué es un ‘yo’ y cosas así y *miremos* en cambio el *papel* real que desempeñan en nuestras vidas las adscripciones de estados mentales a otros. Si seguimos esta recomendación obtendremos una ‘solución escéptica’ para nuestra nueva paradoja escéptica” (p. 134). Estaremos entonces en posición de comprender que las “confesiones” de dolor son una nueva conducta de sensación, sólo que más refinada, más sofisticada, que el empleo de la primera persona tiene que completarse con el de la tercera, que necesitamos criterios sólo en el caso de la tercera y segunda personas, etc. Aprender a usar el juego de lenguaje de lo mental no es trasponer egos, sino (*inter alia*) reconocer situaciones en las cuales las adscripciones de estados mentales son significativas. En cuanto a la utilidad, “La respuesta de Wittgenstein está encapsulada en su bien conocido aforismo. ‘Mi actitud hacia él es una actitud hacia un alma.

No soy de la *opinión* de que tiene un alma” (p. 137). Con descripciones así, tocamos fondo en cuanto a la comprensión de la naturaleza humana y llegamos, por ende, al final de las elucidaciones.

Estos son los grandes temas y los lineamientos generales de la presentación de Kripke. Es claro que he tenido que dejar de lado, por razones de espacio, un

sin número de sutilezas que hacen del texto uno de lectura sumamente grata y estimulante. Hay, empero, un par de puntos, probablemente de menor importancia, en relación con los cuales al reseñista le parece que pueden elevarse dudas u objeciones.

En primer lugar, hay un cierto desequilibrio en el texto: Kripke le concede demasiado poco espacio al esclarecimiento de nociones fundamentales como la de criterio o la de forma de vida. Esta última en particular es tratada de modo tan somero que lo que el autor nos dice equivale, a final de cuentas, a una cierta distorsión del pensamiento de Wittgenstein. La prueba de que el tratamiento kripkeano es inadecuado es que Kripke trata por separado dos nociones que están ligadas, *viz.*, la de forma de vida y la de concordancia. La caracterización kripkeana de forma de vida (“El conjunto de respuestas en las que nos ponemos de acuerdo y el modo como se entrelazan con nuestras actividades es nuestra *forma de vida*”, p. 96) es a todas luces insuficiente: es el de forma de vida un concepto demasiado rico para quedar debidamente aprehendido mediante una sentencia como esa. Las formas de vida comportan, efectivamente, acciones lingüísticas y extra-lingüísticas por parte del individuo, pero también conforman una dimensión social y cultural y este es un rasgo de ellas que no queda apresado y debidamente presentado en la reconstrucción de Kripke.

Más alarmante aún es la **paradójica** tesis central de Kripke, a saber, que “Wittgenstein inventó una nueva forma de escepticismo” (p. 60). Es natural que describir así al autor de *On Certainty* suscite de inmediato un sentimiento de rechazo.

Kripke está consciente de que su descripción es altamente controvertible, puesto que él mismo admite que “Wittgenstein nunca concede, y con toda seguridad nunca concedería, la etiqueta ‘escéptico’” (p. 63). ¿Por qué entonces Kripke califica de ‘escépticos’ tanto el planteamiento como la “solución” de Wittgenstein? Es mi opinión que esta interpretación, un tanto perversa, procede de una incompreensión seria, profunda, de la concepción que Wittgenstein tenía de la filosofía. ‘Filosofía’, para nosotros, tiene ahora dos significados. Nos remite, en primer lugar, a

- a) lo que tradicionalmente se llama ‘filosofía’, y en segundo lugar a
- b) esa peculiar actividad intelectual inventada por Wittgenstein relacionada con la primera y semejante a ella pero cuya labor consiste ni más ni menos que en destruirla.

Al hacer de Wittgenstein un “escéptico”, Kripke ubica la labor y los resultados del filósofo austriaco dentro del grupo de obras que pertenecen a la primera categoría. Automáticamente, con ello pierde originalidad la labor de Wittgenstein y, lo que es peor aún, se le desvirtúa. Creo entonces que puede

afirmarse que, aunque la **reconstrucción** de Kripke es en general correcta, su **interpretación** es defectuosa e inaceptable. Lo grave es que este error vicia el todo de su presentación.

Kripke ha sido acusado, pienso que con razón, de no haber comprendido a Wittgenstein en diversos puntos, *e.g.*, lo que significa ‘ser guiado’ en nuestra aplicación del simbolismo, la supuesta “sustitución” de condiciones de verdad por condiciones de aseverabilidad, etc. Pienso que Norman Malcolm, en su magnífico libro, *Nothing is Hidden*, efectuó lo que tal vez sea la mejor revisión crítica de la interpretación de Kripke. Pero vale la pena notar que, en general, las objeciones de Malcolm son si no de detalles sí de puntos secundarios o adyacentes. Kripke **puede** asimilar la crítica de Malcolm pues, como Malcolm mismo reconoce, él está “de acuerdo con la interpretación ‘social’ de Kripke” de lo que es seguir una regla (*Nothing is Hidden*, p. 171). Y esto es muy importante porque constituye, por así decirlo, la columna vertebral de la reconstrucción que Kripke ofrece. Con Kripke y Malcolm a la cabeza quedan definitivamente eliminadas como interpretaciones admisibles lecturas como la de Colin McGuinn (Véase su *Wittgenstein on Meaning*). y puede afirmarse que, en relación con este punto particular, “polémicas” como la entablada por Hacker y Baker (*Scepticism, Rules and Language*) resultan enteramente estériles y superfluas. Por ejemplo, (aparte de que dan la impresión de querer refutar **todo** lo que Kripke dice, lo cual ya es sospechoso), estos últimos sostienen que “la observación de que seguir una regla es una práctica no tiene directamente nada que ver con prácticas *sociales*. Su único interés es con el hecho de que el seguir reglas es una *actividad*, una regularidad normativa de conducta que exhibe el *Auffassung* de uno, que manifiesta cómo comprende uno una regla” (*Scepticism, Rules and Language*, p. 16). Si para algo debía servir la interpretación de Kripke era precisamente para refutar esta clase de lecturas y para evitar que alguien volviese a intentar ponerlas en circulación. Lo que es realmente increíble es que sean “expertos” en Wittgenstein quienes desvirtúen la enseñanza de aquel a quien supuestamente siguen y que no sepan reconocer lo valioso de interpretaciones como la de Kripke. Frente a “críticas” como las de ellos, el ensayo de Kripke permanece incólume y brilla aún más.

Quisiera señalar un error en la transcripción de un texto de Wittgenstein. En la sección 244 de las *Investigaciones Filosóficas*, Wittgenstein dice: “las palabras están conectadas con las expresiones primitivas, naturales, de sensación y usadas en su lugar”. En el texto de Kripke, (p. 134), en lugar de ‘usadas’ (*used*) se dice ‘aprendidas’ (*learnt*).

Hay un punto que a mí personalmente me resulta de cierto interés y curiosidad. Kripke hace una reconstrucción de ciertas discusiones de Wittgenstein habiéndonos advertido que lo que él nos ofrece no es “ni el argumento de Wittgenstein ni el de Kripke: más bien, es el argumento de Wittgenstein como lo

llamó la atención a Kripke, como representó un problema para él” (p.5). Pero de la lectura del texto, que como ya dije considero que en general es fiel a Wittgenstein, se sigue que a Kripke le impresionó sobremanera el argumento de Wittgenstein. La reconstrucción de Kripke es, repito, sumamente convincente. Mi curiosidad reviste entonces la siguiente forma: por una parte, ¿no es natural que esperemos que el siguiente texto que Kripke nos entregue sea uno similar al reseñado pero que verse sobre la filosofía wittgensteiniana de las matemáticas?; y, segundo, me pregunto ¿qué quedará ahora de aquel filósofo (en el primero de los dos sentidos de la palabra aludidos más arriba) que con tanta fuerza abogó por la teoría causal del significado, que nos aseguró que las identidades en las que aparecen designadores rígidos únicamente son necesarias, que “refutó” (*i.e.*, ofreció una “solución directa” de ella) la teoría de la identidad, etc.? Planteado de manera un tanto cruda: ¿habrá ese metafísico aprendido realmente la lección wittgensteiniana? Todo esto es algo que se dilucidará cuando Kripke nos haga otro regalo filosófico, lo cual esperamos que suceda pronto.